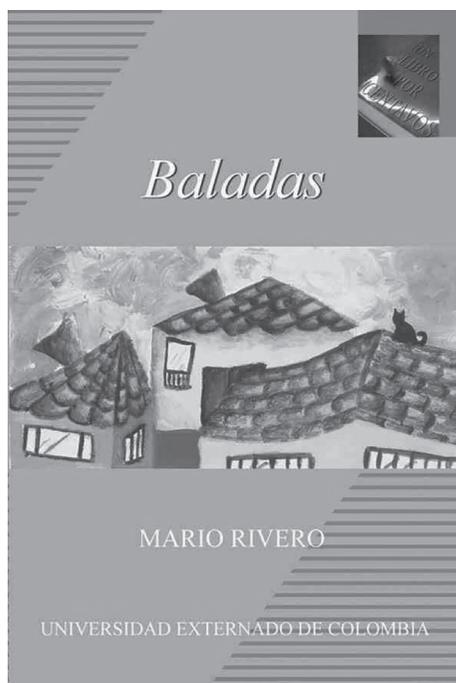


Balada de las casas viejas



¿Por qué las casas viejas, siempre parecen heridas con cicatrices, y vigas que traquetean, y gimen al paso del viento? Aunque hay poca probabilidad de encontrar fantasmas o tesoros conservan un prehistórico, una vez... Aunque el tiempo haya borrado las pistas, podemos venir en busca de vidas

* Poema tomado de la colección "Un Libro por Centavos", n.º 14. Publicación aprobada por la Decanatura Cultural.

a casas como estas. Podemos recobrar a los que sufrieron, amaron, o fueron, sus nombres se han perdido, igual que su aspecto.

¿Pero quién necesita sus nombres? Un beso o un sollozo te acogerán... ¿Qué se oye? ¿Qué dicen las casas viejas, en la lengua fantasiosa del viento? Sí, vivían aquí, tiempo atrás pero ya han muerto...

Sí, viven aún, pero no aquí... ¿Los sonidos de sus nombres, disueltos! Todo ha sido barrido, desnudado. El cartero no aparece en la puerta. Nadie llena el hueco de la ventana, apenas un gato que maúlla en plan de escapar,

por sobre el tejado musgoso y una única dalia, que abre, colándose, sobre una tierra de olvidos...

A través de cuartos, sin nadie, oímos el paso de otros días. Alzando los pliegues del silencio, elegimos algunos hechos: La llave fácil en la puerta. La consola que decoraba el umbral, contra la que sonrió al apoyarse, el que volvía.

El aroma y el gusto del café. El lecho conyugal, el balón de un niño olvidado después del juego,

o la vida, la vida siempre, y por supuesto,
rompiendo y separando,
a dos que alguna vez estuvieron unidos...
¿Qué se oye? ¿Qué dicen los fantasmas, los ecos?
Es la ausencia quien nos recibe, el reverso.
Las paredes que aún siguen firmes hablan de cosas que jamás nos han sido confiadas,
sus misterios nunca los desvelarán.
Pero en esta sala que hoy clama de abandono,
pudo haberse oído alguna vez el tintineo de las copas,
o ser el cuarto donde una mujer dio a luz.
O pudo haber vivido aquí aquella muchacha
que se escapó con su maleta una mañana,

o el extraño y fugaz compañero de bar,
que supimos se disparó un pistoletazo,
y siguió siendo un desconocido para todos.
Las casas viejas, heridas de muerte,
las que no se restauran,
habitadas por fantasmas, por murmullos y por viento,
condenadas a la piqueta y a la hierba,
no siempre existió el pasado en ellas.
Alguna vez fueron andamios y albañiles que silbaban,
material de derribo, no siempre fueron.
Desguarnecidas, abandonadas,
han roto ya con ese último vínculo:
El de quien toma una lámpara y abre la puerta
para dar una última mirada de amor,
como una última luz, sobre las aguas de lo ido...